

## ACTO SEGUNDO

A la izquierda, el umbral de los Pazos, con bancos de piedra, adosados. A la derecha, un crucero. A foro, muralla; forillo, árboles. Es en Octubre: de día y con sol.

## ESCENA PRIMERA

JACOBO, sentado; MARUJA, José por la derecha, con una cesta de flores y ramas; se sientan ambos en el crucero.

José.—Más flores...

MARUJA.—Llevamos un mes, desde que vino don Jacobo, en que la casa florece todos los días...

JACOBO.—Si lo hacéis por mí, yo os lo agradezco.

José.—Por usted también, sí, señor; pero nos lo mandó la Peregrina.

JACOBO.—Es un trabajo más que os dais.

MARUJA.—Esto no es trabajar. ¿Y a usted no le cansa, don Jacobo?

JACOBO.—¿El qué?

MARUJA.—El no hacer nada.

JACOBO.—No.

MARUJA.—Pues Dios le deje seguir con esa labor.

## ESCENA II

Dichos: ABAD, por la derecha

ABAD.—(*Abriendo el mismo el portillo.*—  
Buenas tardes.

JOSÉ.—(*Apresurándose a cerrarlo.*)—Muy buenas.

ABAD.—¿Cómo andamos, Jacobo?

JACOBO.—Ya bien.

ABAD.—¿Fuerte del todo?

JACOBO.—Sí. ¿Y usted?...

ABAD.—Se pasa. Vengo del entierro de ese pobre Juanillo, el del lugar de la Feria, y no han dado mal de almorzar; no, señor.

JACOBO.—Bueno es siquiera...

ABAD.—Y tú, ¿te reconciliaste ya con los Pazos?...

JACOBO.—Sí... Confieso que me mortificaron un poco las mudanzas que encontré en ellos...

ABAD.—Ha ganado mucho esto. Tu padre hizo grandes reformas.

JACOBO.—Y es otra casa ya: no es la que yo recordaba...

ABAD.—¿Y la capilla?... ¡¡Ahora realmente es una iglesia!!

JACOBO.—Sí... pero no es la Capilla.

ABAD.—Es mucho mejor.

JACOBO.—Mejor, pero es otra. Y otras mejores, las he visto en muchos sitios. Venía con recuerdos de la niñez, ansioso de encontrarlos... ¿no están? Paciencia. Y por no estar, ni siquiera los tres o cuatro amigos de la infancia...

ABAD.—El tiempo es el tiempo. Cuenta con él, Jacobo, si no quieres llevar muchas decepciones. En tu cuarto tienes una fotografía de cuando eras chico: compárate... Y si tú has cambiado, no te sorprendas de que cambie todo lo demás.

JACOBO.—No me quejo del cambio de las cosas materiales, que vengo de viajar y muchas mudanzas de cosas habré visto... ¡pero sí me quejo de la tristeza de este caserón!

ABAD.—¡¡Tristes los Pazos!! ¿Pero cómo los miras?

JACOBO.—Me quejo de estas gentes adustas...

ABAD.—Si es que no te conocen...

JACOBO.—Y me quejo de estas nieblas que mañana y tarde caen sobre la casa y dan frío en el cuerpo... y en el alma. He vuelto con muchas ilusiones, pero al encontrar todo tan cambiado, tan mezquino...

ABAD.—¡¡Jacobó!!

JACOBO.—Sólo pienso en mandar que vuelvan a encender la luz del ausente.

ABAD.—Calla, jeso no lo has dicho!

(Pausa.)

El señor capellán está ahí.

MARUJA.—Atienda, señor Abade. No le fué nada bien al mi hombre con aquella medicina...

ABAD.—¿Qué le duele?

MARUJA.—No le duele cosa particular, pero el alma no le lleva el cuerpo a ningún lado. Para mí que es cansancio...

ABAD.—Será: que se esté quieto.

MARUJA.—Yá se lo predico, pero como tiene el genio así, no puede, y está siempre rebulle que te rebulle.

ABAD.—Pues dile que no rebulla.

MARUJA.—De su parte de usted.

ABAD.—Yo le disculparé del trabajo unos días, y por unas pesetas no os apuréis...

MARUJA.—(Besándole la mano.)—Si usted no va al cielo, vestido y calzado, no le va nadie.

ABAD.—Bueno, bueno, adiós.

MARUJA.—Usted lo pase bien.

ABAD.—¡Alh, oye, y no rebullas tú...

MARUJA.—Quite, señor.

ABAD.—No haga el diablo que la enfermedad seas tú...

MARUJA.—Quite, señor, quite, que es cansancio natural.

ABAD.—Bueno, bueno...

(Maruja se aleja y vuelve a su faena.)

JOSÉ.—(Tirándole de la levita.)—Señor Abade, señor Abade...

ABAD.—¿Qué te pasa a ti, José?...

JOSÉ.—A mí, nada: a la tierra. En sazón estamos y no planto. Anda la luna muy revuelta y no vaya a perderse la semilla.

ABAD.—No importa. Húndela en tierra un par de dedos más que de costumbre.

JOSÉ.—¿Bastará?

ABAD.—Sí. Y reza un Credo.

JOSÉ.—El caso es... que Credo no le recuerdo bien yo solo: ¿será lo mismo dos Ave-Marias?

ABAD.—Lo mismo.

JOSÉ.—Tan agradecido. Ya le mandaré primicia de lo que recoja.

ABAD.—Bueno, adiós.

JOSÉ.—Diga además, si no le enfada. ¿Sabe que no quieren a mi hijo pequeño en la escuela?

ABAD.—¿Y eso?...

JOSÉ.—Dicen que va muy cochino...

ABAD.—¿Y por qué no lo lavas?

JOSÉ.—(*Sorprendido.*)—Tiene razón. El domingo lo llevo al río.

ABAD.—¡Vaya!

(*Mutis Abad por la izquierda.*)

JOSÉ.—¡Es mucho hombre de saber este señor Abad!

MARUJA.—Y un santo.

JOSÉ.—Eso no sé.

MARUJA.—Yo sí. Y si no es un santo, peor para los santos.

ESCENA III

DICHOS; menos el ABAD, PEREGRINA, por la izquierda

PEREGRINA.—Ya le puse las orejas encarnadas al Miguel y le dije que no le despedía por misericordia.

JACOBO.—¿Para qué le reprendiste?

PEREGRINA.—¡Sólo faltaría que un criado no le obedeciera pronto!

JACOBO.—Es un criado de mi padre, no mío.

PEREGRINA.—Igual, de los dos.

JACOBO.—No me conocen, y es natural, no me quieren.

PEREGRINA.—Eso del querer marcha un poco más despacio.

JACOBO.—A veces... Cuando estuve por aquellos países lejanos...

PEREGRINA.—Los Perú y los Méjicos...

JACOBO.—Encontré una mujer, moza y guarrida, con rumbo en el aire, de cuello abajo, y guapeza en la cara, de cuello arriba, que mismamente se parecía a ti.

PEREGRINA.—De lejos viene la semblanza...

JACOBO.—Y sin embargo, no se parecía a ti.  
PEREGRINA.—Es a modo de acertijo: era y no era.

MARUJA.—Le andan en adivinanzas, señor José.

JOSÉ.—Déjalos, que en peor lo podían andar.

PEREGRINA.—¿Y en dónde marcaste la diferencia?

JACOBO.—Por los adentros. Tenía la voluntad pegajosa, como panal de miel, y los quere-res tornadizos como la punta del pañuelo que llevaba en la cabeza, y que iba y venía de un lado para otro, tan sólo conque el viento lo empujara.

PEREGRINA.—¿Y te gustó esa volandera?

JACOBO.—Sí.

PEREGRINA.—¿Y te prendaste de ella?

JACOBO.—No; de la que a ella se parece.

PEREGRINA.—(*Enfadada.*)—¡Mira que no quiero esas burlas!

JACOBO.—Son veras.

PEREGRINA.—¡Tampoco las quiero!

JACOBO.—¿No?

PEREGRINA.—No.

JACOBO.—¿Pero un nó muy grande?...

PEREGRINA.—Ponlo mediano...

MARUJA.—Ya está, señor José.

JOSÉ.—¿Qué está?...

MARUJA.—Adivinada la divinanza.

JOSÉ.—¡Lo que tardáis en enteraros!... ¡Muy animalitos sois!

MARUJA.—¡Cualquiera dirja que usted viene de Salomón!

JOSÉ.—Quién sabe, hija, quién sabe...

PEREGRINA.—(*Apartándose de Jacobo, que apremia un poco.*)—¡No vayan a pensar lo que no hay!

JACOBO.—Pero habrá...

PEREGRINA.—No.

(*Lo dice seria, luego sonrte y marcha al crucero.*)

Más vale que nos cuente cosas de esos mundos... Aunque embustea un poco, son muy divertidas.

JACOBO.—Para demostrar lo obediente que soy: pues, señor...

MARUJA.—¡Ay! si es cuento que no sea de embrujorios, que hace noches me contó uno Perico, y no pude dormir con él.

JOSÉ.—(*Grave.*)—Con el cuento, señor.

JACOBO.—Ya, ya. Vosotros, que os consideráis pobres, teniendo cada uno vuestra casa independiente, ¿qué diríais si viéseis a los ricos hacinados en aquellas moles de dieciocho y veinte pisos?

PEREGRINA.—Buena gana de reventarse subiendo y bajando.

JACOBO.—Tienen ascensores.

MARUJA.—¿Qué tienen?

JACOBO.—Unas cajas que llevan a las gentes. Viene el portero, toca un botón, y arriba.

MARUJA.—¿Y qué botón les toca?

JACOBO.—Uno eléctrico.

MARUJA.—Esas mentiras le son para vos, que por mí no cuelan...

PEREGRINA.—Sí, Maruja, sí. En Vigo hay uno.

JOSÉ.—Por Vigo le andan también muchos judíos de esos protestantes.

JACOBO.—Sí, pero eso es otra cosa.

JOSÉ.—Será, sí señor; pero le andan.

JACOBO.—A una de esas casas fui yo un día a visitar a un amigo; desde el balcón, para ver volar a los gorriones, hay que mirar hacia abajo.

MARUJA.—¡Muy trolero lo es, don Jacobo!

JACOBO.—Palabra.

PEREGRINA.—Así se comprende que este vivir nuestro, tranquilo y natural, no le dé sabor...

JACOBO.—Mirame.

PEREGRINA.—(*Bajando los ojos.*)—¿Para qué?...

JACOBO.—Mirame.

MARUJA.—¡Mirale, mujer!

JACOBO.—(*Cuando ella le mira.*)—Ahora vivo más a gusto.

MARUJA.—Gracias.

JOSÉ.—No va contigo.

MARUJA.—¿Y qué más tiene? Lo que a una moza se le dice, todas las mozas lo agradecen.

JOSÉ.—Tú no lo eres ya, que tienes marido.

MARUJA.—¡Pobriño! Déjelo, que está enfermo.

JOSÉ.—Si le cuidarás...

MARUJA.—¡Ya le cuido y más una novena que voy a hacerle para que sane!

JOSÉ.—Eso le debes, que es hombre de bien.

#### ESCENA IV

DICHOS; FUNGUEIRO, por la izquierda

FUNGUEIRO.—¡Peregrina!... ¿Y la clase?

PEREGRINA.—(*Riendo.*)—Hoy no.

FUNGUEIRO.—(*Indignado.*)—¿Hoy no y ayer y anteayer no?... ¿Cuándo dices que sí?...

MARUJA.—Lo dirá para otras cosas. No se desespere tan pronto.

FUNGUEIRO.—Contigo no hablo. ¿Vienes?

PEREGRINA.—¿Y para qué?

FUNGUEIRO.—¿Cómo que para qué?...

PEREGRINA.—Sí, ¿qué me va a enseñar?

FUNGUEIRO.—Por enseñarte algo no quedaría...

PEREGRINA.—¿Y valdrá tanto como un día hermoso y un estar bien acompañada? Y después de saberlo, ¿qué me importa a mí, por ejemplo, que el Miño sea de España o de Portugal, o de los dos, o del demonio, o que no haya semejante río por el mundo?

FUNGUEIRO.—Ni a mí; eso es cierto.

PEREGRINA.—Y que un rey mandó después que otro, o que no llegó o mandar ¿qué me importa, Fungueiro, que me importa?

FUNGUEIRO.—En eso estamos todos, sólo que tú no quieres guardar el secreto.

PEREGRINA.—Y aun cuando llegase a reunir la ciencia de usted, ¿qué habíamos adelantado?... ¿A usted para qué le sirvió?... ¿Para llegar a viejo y llegar pobre?... ¡Pues mire,

Fungueiriño, lo que es a eso se le llega también sin saber nada!

JACOBO.—Tiene razón.

MARUJA.—¿Y no la ha de tener?... Porque ustedes los sabios le andan muy a la cola en todo lo que no es sabiduría.

(*Acercándosele.*)

Poco se enteró cuando la Generosa se le fué con otro...

FUNGUEIRO.—Menos enterado estaba el otro: la prueba es que se escapó con ella.

MARUJA.—Por ahí discurre bien.

FUNGUEIRO.—Gracias.

PEREGRINA.—Y ya que estamos conformes, quitaremos la molestias y desde hoy se acabaron las lecciones.

FUNGUEIRO.—¡¡No!! Y mis seis duros ¡recontra! ¿se van a terminar también? ¡Recapacítalo, mujer!

PEREGRINA.—Le diré a don Endo que seguimos y le pediré ocho.

FUNGUEIRO.—Pídele diez. El no hacer nada lo vale lo mismo.

PEREGRINA.—Diez. ¿Quiere más?...

FUNGUEIRO.—No me lo dejes a mí, que abuso.

PEREGRINA.—(*Haciéndole una caricia.*)—Y hoy, ¿perdona?

FUNGUEIRO.—Insiste un poco.

PEREGRINA.—¿Perdona?...

FUNGUEIRO.—¿Pero mañana?...

PEREGRINA.—(*Riendo.*)—Sí, señor.

#### ESCENA V

DICHOS: AMARO y TONO por la derecha.

TONO.—Buenas tardes. ¿Aún no sale, don Jacobo? ¿Ya tendrá ganas?...

JACOBO.—¡Figúrate! Venir de tan lejos con el afán de ver mis tierras... ¡y estar me un mes encerrado!...

AMARO.—Las fiebres ya volaron.

JACOBO.—Sí, pero mi padre tuvo miedo a que la humedad de estos días pasados me hiciera recaer, y no me dejó ir al campo.

PEREGRINA.—Bien hecho.

TONO.—Y tú, Peregrina, ¿curaste ya del susto?

JACOBO.—¿Qué ha sido?

PEREGRINA.—¡Nada!

TONO.—¡Una bobería! Perdió la color y se puso como una difunta

(*Maruja se persigna.*)

porque esta mañana entró un *murciégalo* en su habitación.

FUNGUEIRO.—Murciélago.

TONO.—Déjelo ir como iba, señor Fungueiro, que el pájaro no ha de cambiar por eso.

JACOBO.—¿Les tienes miedo?

PEREGRINA.—De noche, no, que es su hora: de día sí, que es mal signo.

FUNGUEIRO.—Los envía la Madre Diablesa, peluda y bisoja.

PEREGRINA.—¡Y eso es, aunque se burle!

TONO.—Y que ésta, ahora, anda muy necesitada de signos buenos. Niégalo... ¿No fuiste anoche junto a la Pascuala, la echadora de cartas?

PEREGRINA.—Para saber mi destino, que eso acompaña siempre.

FUNGUEIRO.—¡No seáis idiotas! ¡Que no son más que engaños para sacaros los cuartos!



PEREGRINA.—¡¡Ay, no digall!

AMARO.—(*Acercándosele mucho.*)—¿Es falso que la lechuza llora como los niños?...

TONO.—(*Acercándosele mucho.*)—Y las campanas, ¿no suenan ellas solas la noche de todos los Santos?

MARUJA.—(*Furiosa.*)—Y el lagarto de dos colas, aplastado contra una piedra blanca, ¿no escribe los números de la lotería? ¡Diga que no!

TONO.—¡¡Dígalos!!

FUNGUEIRO.—Digo que sí...

JACOBO.—Dejadlo, que es un hereje.

FUNGUEIRO.—¿También usted, don Jacobo?...

PEREGRINA.—Un día se va a encontrar en un mal paso, por descreído. No lo permita Dios, que le estimamos, Fungueiriño.

MARUJA.—(*Escuchando.*)—Te llama don Endo.

PEREGRINA.—Voy,

(*Y mutis por la izquierda.*)

## ESCENA VI

DICHOS, MENOS PEREGRINA.

AMARO.—(*A Tono.*)—¡Anda como una reina!

TONO.—Yo no sé cómo andan las reinas, que no le topé ninguna, pero esta pisa firme.

JACOBO.—(*A Fungueiro.*)—Es guapa, ¿eh?

FUNGUEIRO.—Yo no tengo opinión...

JACOBO.—¡Reconocerá usted que es una mujer!...

FUNGUEIRO.—Eso, sí, señor.

JOSÉ.—Oiga, señor de Fungueiro, ¿cómo hay que poner los sobres para la América?

FUNGUEIRO.—Cerrados.

JOSÉ.—Dios le pague la respuesta. Pero, ¿qué se escribe?

FUNGUEIRO.—Según la nación. ¿Para dónde es?...

(*Se aparta hablando.*)

JACOBO.—Maruja, ¿tú conoces a la Pascuala?

MARUJA.—¿La echadora de cartas? ¿Y quién no?...

JACOBO.—¿Quieres llevarle cinco duros de mi parte? Y si nadie se entera te doy a ti otros cinco.

MARUJA.—Buen negocio. ¿Y usted qué busca en ello? ¿Cambiar el destino de alguna persona?

JACOBO.—(Sonriendo.)—Quizás...

MARUJA.—¿De la Peregrina?...

JACOBO.—Quizás...

MARUJA.—Pero... ¿y las cartas van a favorecerle por una limosna?

JACOBO.—Quizás...

MARUJA.—¡Entonces le sería mentira lo que dice la echadora!

JACOBO.—Quizás...

MARUJA.—(Persignándose.)—¡Jesús me valga!

(Mutis por la derecha.)

## ESCENA VII

DICHOS, menos MARUJA; ROSENDO  
por la izquierda.

FUNGUEIRO.—Hoy no daremos lección. A Peregrina le duele la cabeza: creo que es la ca-

beza; pero puede que sea un pie, y si no, alguna cosa entre esas dos.

ROSENDO.—No la obligue a estudiar demasiado...

FUNGUEIRO.—¿Demasiado?...

ROSENDO.—¿Y adelanta?...

FUNGUEIRO.—En otros asuntos, tal vez; en sabiduría está como la de Balaán (burra de...)

JACOBO.—Bastante sabe...

FUNGUEIRO.—Bien, bien; hoy he despertado para no tener razón.

ROSENDO.—¿Hiciste lo que te mandé, Amaro?

AMARO.—Sí, señor. Ya están los zagales juntando el ganado en el soto, y después arrearán con él para arriba, a traerlo delante de la casa. Y al tu hijo, don Endo, se le irán los ojos mirándolo, que gordas y lucidas, no hay bestias como las de la Tarroeira, con perdón sea dicho.

JACOBO.—¡Aligera, padre! Que aún no he visto mis prados ni mis árboles. ¡Pero tan grabados los traigo en la memoria, que a obscuras acertaría con mis sitios predilectos! Empezaremos la visita por aquel cedro gigante, el Abraham de la Huerta, el Patriarca de los Pazos.

ROSENDO.—Ese lo tronchó un vendaval...

JACOBO.—¡Qué dolor! Y que eso no se improvisa ni se sustituye...

ROSENDO.—Sustituirlo, sí. Plantamos dos en lugar del caído, y ya tienes ahí tanta sombra como antes.

JACOBO.—No es lo mismo.

ROSENDO.—No: pero, ¿qué le íbamos a hacer?... ¿No opina usted lo mismo, amigo Fungueiro?

FUNGUEIRO.—Sí, como ustedes dos.

ROSENDO.—¡Pero es que los dos opinamos uno en contra del otro!

FUNGUEIRO.—No importa. Así no demuestro parcialidad.

ROSENDO.—Con éste no hay peleas. Y como además, no hay quien le pida cuentas, vive dichoso, aunque un poco en egoísta. Sin familia, sin hijos...

FUNGUEIRO.—¡Le diré a usted!... Hijos, lo que se llama hijos, no tengo, es verdad; pero tengo calumnias.

JACOBO.—(Riendo.)—¡Fungueiriño!...

FUNGUEIRO.—Y aún puedo expresarme con mayor exactitud: calumnias tampoco, participación en los hechos calumniosos...

JACOBO.—Cuando yo marché, quedaba usted en amores y muy próximo a casarse. ¿Por qué se deshizo la boda con aquella Generosa?...

FUNGUEIRO.—Por Generosa, precisamente. Llevábamos relaciones muy serias: ella acariciaba la idea de casarse pronto, yo también la acariciaba algunas veces... Después... no me pregunte más... ¡Fue un episodio dolorosísimo!

ROSENDO.—(Aparte a Jacobo.)—Se le escapó con uno... y volvió con otro.

JACOBO.—Menos mal.

ROSENDO.—¿Aún escuece la herida? Le creía a usted más hombre.

FUNGUEIRO.—Yo también. Pero ya ve usted que los dos estamos equivocados.

ROSENDO.—Hay que ser más fuertes con las malas memorias, Fungueiro. Y con las buenas, Jacobo. Anda, ven y presenciarás un espectáculo curioso: es la hora de echar el maíz a las palomas y acuden en bandadas, a centenares.

JACOBO.—(Contento.)—Sigue portándose nuestro viejo palomar, ¿eh?

ROSENDO.—No. El viejo hubo que derribarlo, porque se hundía...

JACOBO.—¡Qué locura! ¡Emigrarian todas!

ROSENDO.—Ninguna. Se las encerró una temporada, criaron, y eso bastó para fijarlas en los nuevos palomares.

JACOBO.—(*Sentándose despechado*).—¡Lo más cuerdo será no preguntar por nada!

ROSENDO.—Pero Jacobo, hijo, ¿volveremos a repetir por los campos las mismas tristezas que has sentido en la casa? Vamos, ven, y no tengas una congoja pueril por un árbol o por una piedra más o menos.

JACOBO.—No es el árbol, ni es la piedra: es que otra vez ¡y una vez más! recibo la impresión de que nada es indispensable en este mundo y de que todo se reemplaza y se sustituye.

ROSENDO.—Naturalmente. Perdiendo en unas ocasiones y ganando en otras, cuando desaparece o muere o se arruina, hay que sustituirlo. ¿Quién lo duda?

JACOBO.—Antes, yo: ahora, ni yo.

ROSENDO.—¡Jacobo, Jacobo! Te entraron ganas de correr mundo y aquí dejaste abandonados árboles y cariños. Murió tu madre y no has pensado en volver por su muerte.

JACOBO.—¡Padre!

FUNGUEIRO.—(*Calmándole*).—Don Rosendo...

ROSENDO.—Quedé yo solo y no has pensado en volver por mi vida. Y ahora vuelves con una tristeza por un árbol que se tronchó y con una mueca desdeñosa para todo lo que aún existe, y yo he mejorado con la torpe ilusión de agradarte a ti... ¿Te figuras que no leo en tus pensamientos? ¡Comparas lo que has visto con lo que ves, y todo te resulta muy pobre, muy triste, muy estrecho de horizonte!... ¡Lo veo en ti, Jacobo, lo veo! Y una vez más se cumple la irrevocable sentencia de que la Tierra lograda no se parezca a la Tierra soñada.

FUNGUEIRO.—Vayan, vayan a ver sus prados y sus bosques...

ROSENDO.—Tú dirás... ¿Vamos?

JACOBO.—(*Indiferente*).—Vamos.

(*Mutis lento por la derecha.*)

ROSENDO.—(*Aparte a Fungueiro*).—No lleva prados ni bosques en el corazón: los de la tierra van a parecerle muy mezquinos...

(*Mutis por la derecha Rosendo y Fungueiro.*)

## ESCENA VIII

AMARO y TONO.

TONO.—Amaro...

AMARO.—¿Qué, Tono?

TONO.—¿Por qué mundos habrá corrido el señorito que no vió troncharse los robles ni caerse los muros?...

AMARO.—Se imaginaría que iba a encontrar las personas y las cosas como él las dejó al marchar, y ahora todo se le vuelven asombros.

TONO.—Conmigo se quedó viendo visiones. «¡Lo que has crecido, Tono!» Yo no pude menos de brincar y fui y le dije: «Pero, ¿usted no ha crecido? ¡recontra! Pues deje usted crecer a los demás ¡reconcho!»

AMARO.—Tienes razón. Pero deja las flores.

TONO.—¿Para qué nos querrá encanijados, hombre? ¡Es muy fantástico eso!

AMARO.—Mucho. Pero deja las flores, que no tienen la culpa.

TONO.—Ya están dejadas.

## ESCENA IX

DICHOS; MANUELA, por la izquierda.

MANUELA.—¡Gracias a Dios que se te ve, hombre!...

TONO.—¿Y eso?...

MANUELA.—¿Y eso?... ¡Qué descastado eres!... Con piel de raposo te habías de vestir y muchos te conocerían.

TONO.—Es un suponer tuyo...

MANUELA.—Ayer fué sábado... y estuve esperando a la puerta.

TONO.—Volvimos muy tarde de la feria, y como eran ya más de la diez... no te vi.

MANUELA.—¡A las diez estaba, y a las once estaba!

TONO.—Pero no estabas a las doce.

MANUELA.—¡Dijiste que pasaras más de las diez, embústero!

TONO.—¿Y las doce no son más de las diez?, ¡caray!...

MANUELA.—Son, son... ¿Tienes queja de mí?

TONO.—Al contrario: estoy muy agradecido, y así lo digo.

MANUELA. — (*Intranquila.*) — ¿Lo dices?

TONO. — A ti sola.

MANUELA. — Eso, gracias a Dios, aún no es decirlo.

TONO. — ¿Qué te figurabas de mí?

MANUELA. — ¿Y luego?... ¿Nos casamos?... La Maruja preguntó que cuándo.

TONO. — Sólo porque ella lo sepa nó es lugar de apresurarse.

MANUELA. — Por nosotros, naturalmente. ¿Puedo ir preparando la ropa?...

TONO. — Puedes. En tenerla arreglada yo no veo mal.

MANUELA. — Bien me decían que no te hiciera caso, que tú dejas y tomas una cada ocho días.

TONO. — Un mes llevamos: ya ves si mienten.

MANUELA. — ¡Ya acertarán, ya, que todas te agradan y a todas las desprecias y yo pasaré igual que todas, que eres tú con las mujeres como el señor de Tenorio!... ¡Ay, si nosotras supiéramos antes lo que sabemos después de conoceros!...

TONO. — Pasaría lo mismo.

MANUELA. — No digo que no; pero de otra manera. Y tú no te acerques más a mí. ¡No te acerques, ladrón!

TONO. — ¡Y si yo no me muevo!...

MANUELA. — ¡Vete de ahí, renegado! ¡Vete, píllo!

TONO. — (*Riendo.*) — ¡Que te pones guapa, Manuela!

MANUELA. — ¡Vete, falso!

TONO. — Y enguapecándote no me voy.

MANUELA. — Conmigo se acabaron ya las bromas.

TONO. — ¿A las nueve en tu puerta?

MANUELA. — No.

TONO. — ¿A las nueve y media?

MANUELA. — ¡Si es que no te quiero a ninguna hora!

TONO. — ¿A las diez?\*

MANUELA. — A las diez, bueno. Muy falsos le son, madre mía, pero como en hombres no hay otra cosa...

TONO. — Y que hoy estás preciosísima...

MANUELA. — ¡No vuelvas con embustes!

TONO. — Preciosísima, Manueña. ¿Has visto las zarzas, llenas de moras?

MANUELA. — Vilas, por Septiembre.

TONO. — ¿Y el cerezo, prendido de cerezas?

MANUELA. — Todos los Junios.

TONO. — ¿Y el fresal, cabeceando de fresas?

MANUELA.—Todos los Mayos.

TONO.—¿Y te has visto los labios tú?...

MANUELA.—En todos los espejos, y en el agua clara, que da miedo el mirarla, porque tiembla ella y parece que tiembla una misma.

TONO.—(*Toda esta parte muy risueña y muy viva.*)—Pues fresones, cerezas y moras no me apetecen lo que tus labios, Manueliña rica.

MANUELA.—(*Inmóvil.*)—No quiero...

TONO.—(*Abrazándola.*)—Ya lo sé...

AMARO.—(*José. Cuando le miran.*)—Es del catarro; ya hace días que lo tengo.

MANUELA.—Dispensade, que le llevo mucha prisa.

(*Mutis rápido por la derecha.*)

AMARO.—Se conoce.

### ESCENA X

AMARO y TONO

TONO.—No puede uno fiarse de que digan que no quieren.

AMARO.—Tú ya no te fias. Y esos modos tuyos son muy sencillos cuando las mujeres no interesan.

TONO.—Di que tú eres un pasmón, que si no, otra avenencia tendrías.

AMARO.—Peregrina no es como las demás.

TONO.—¿Probaste?... ¿No?... Y entonces, ¿por qué lo niegas?... Di que eres tú el pájaro bobo y no la desacredites a ella.

AMARO.—Si yo no pensara que así adelantaría algo...

TONO.—Experimenta a ver... De todos modos, el abrazo no le pierdes.

AMARO.—¡Quién sabe!...

TONO.—De fijo que ganas. A lo mejor lo está ella deseando y quedas tú feamente.

AMARO.—¡Calla, que viene!

TONO.—Pues más a punto... ¡Haz como yo! ¡Y buena suerte, Amaro!

(*Mutis por la derecha.*)

### ESCENA XI

AMARO; PEREGRINA, por la izquierda.

PEREGRINA.—¿Quién marcha ahora?

AMARO.—TONO. ¿Es verdad que fuiste anoche junto a la echadora?

PEREGRINA.—Sí.

AMARO.—¿A qué?

PEREGRINA.—A que me diga el destino.

AMARO.—¿Y cuál es?...

PEREGRINA.—Aún no respondió. Faltan cuatro vueltas de la tierra para el mudar de la luna, y esas aguardo la respuesta. Y antes he de llevarle manteca salada por mi mano, y una cosa que sea de persona que me quiera mal.

AMARO.—¿Y quién te querrá mal a ti, Peregrina?

PEREGRINA.—Eso le pregunté yo, y entonces me dijo que le llevara cosa de persona que me quisiera muy bien. Por lo visto son las que están más cerca de querernos mal.

AMARO.—¿Te sirve algo de mí?...

PEREGRINA.—No, gracias.

AMARO.—Lo dije con voluntad, pero también lo dije ya sin esperanza... ¡Y yo cada día más preso en ti!... ¡Qué preciosa eres, Peregrina!...

PEREGRINA.—Amaro...

AMARO.—(Con timidez y con poesía; sonriendo.)—Peregrina... ¿has visto las zarzas llenas de moras..., los cerezos prendidos de cerezas... y el fresal cabeceando de fresones?...

(Pausa; con esfuerzo y gravedad.)

Pues fresones, moras y cerezas no me apetece lo que tus labios, Peregrina.

PEREGRINA.—(Enojada, pero sin violencia.)

Amaro, Amaro...

AMARO.—(Tendiéndole tímidamente los brazos.)—Mira que si me dejaras gustarlos...

PEREGRINA.—(Inmóvil y secamente.)—No.

AMARO.—(Empezando el abrazo.)—Peregrina...

PEREGRINA.—(Inmóvil.)—No.

AMARO.—(Desistiendo.)—No puede ser... Las palabras suenan de otro modo cuando salen de otra boca. Tono aconsejó equivocado.

PEREGRINA.—¡Es un atrevido!

AMARO.—Y yo lo soy, pero contigo no llego; me sobra el quererte.

PEREGRINA.—¡Igual adelantaría!

AMARO.—(Fiero.)—¡Eso no! Que manso no soy y no le tengo miedo a nacido. ¡Di que te quiero!

PEREGRINA.—Aunque no lo diga.

AMARO.—¡Dilo, dilo!... Sin decirlo, no; que si desapartamos el amor entre nos y me queda la fantasía nada más, cuando me dé la gana ¡bésotel!

PEREGRINA.—¡Amaro!



AMARO.—¡Como lo oyes!

PEREGRINA.—(*Retrocediendo.*)—¡Amaro!

AMARO.—¡Y ahora mismo ha de ser!...

(*Con alma, pero sin gritar.*)

PEREGRINA.—¡No!

AMARO.—¡Sí!

PEREGRINA.—¡No!

AMARO.—(*Trincándola.*)—¡Sí!

PEREGRINA.—¡Amaro, suelta, Amaro!

AMARO.—¡No!

PEREGRINA.—¡Suelta, ladrón!

AMARO.—¡No!

## ESCENA XII

DICHOS: ROMUALDITO y después ABAD, por la izquierda.

DON ROMUALDO.—(*Cogiendo al Amaro.*)—  
¿Qué es esto?

AMARO.—(*Rechazándole con una mano, mientras con la otra sigue sujetando a Peregrina.*)—¡Lo que sea!

DON ROMUALDO.—¡Comprende que no es moral, ni decente, ni!...

AMARO.—(*Rabioso.*)—¿Me deja usted, sí o no?

ABAD.—(*Cogiendo a Amaro por el cuello y por un hombro.*)—Que también estoy yo aquí.

AMARO.—(*Queriendo soltarse.*)—Déjeme usted...

ABAD.—(*Sacudiéndole.*)—En cuanto alces la voz te doy una patada que...

DON ROMUALDO.—(*Cogiendo al Abad.*)—¡Por Dios y por la Virgen, señor Abad, no se arrebate usted!...

ABAD.—(*Echando unos pasos al Amaro.*)—No me incomodo, pero sin incomodarme le doy lo ofrecido. ¡Ya sabes que te la doy!

AMARO.—(*Fosco, pero humilde.*)—Sí, señor...

DON ROMUALDO.—Nosotros no debemos intervenir más que con súplicas...

ABAD.—Quite usted de ahí, cura, que usted no entiende de esto.

DON ROMUALDO.—Y poner la otra mejilla...

ABAD.—¡Cá!

DON ROMUALDO.—Así no le querrán a usted sus feligreses...

ABAD.—¿Que no? Ven acá, tú, Amaro. Acércate. ¡Ven acá, porra!